

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *La mujer te herirá en la cabeza.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Hágase en mí según tu palabra.*

Cuatro son los dogmas o pilares que soportan la grandeza Mariana, definidos sin seguir el orden de sucesión en el tiempo. En el calendario de la Iglesia se celebran respectivamente el día 1 de enero: “*María, madre de Dios*”; el 25 de marzo: “*la concepción virginal de Jesús*”; el 15 de agosto: “*La Asunción de María en cuerpo y alma al cielo*” y el 8 de diciembre: “*La Inmaculada Concepción*”.

La maternidad divina fue definida contra Nestorio en el concilio de Éfeso en 431 con el tecnicismo “*theotokos*” (madre de Dios). Apoyada sobre todo en el texto de Pablo «*natus ex muliere*» “*nacido de mujer*” (Gálatas 4,4). Es madre de Dios no porque fuera ella misma una diosa, que engendraría necesariamente dioses, sino porque lo engendró por obra del Espíritu Santo su hijo es Dios desde el primer instante. María dio a Jesús lo mismo que las demás madres dan a sus hijos. Por tanto ella es madre de Dios.

La segunda afirmación fundamental es su virginidad, afirmada en el Credo, es ante todo una afirmación cristológica, es decir, la encarnación tiene como única explicación el amor de Dios trino. La encarnación de Jesús no fue forzada por el pecado ni se puso en marcha por medios humanos, todo fue una decisión amorosa y libre de Dios. Él es el que lo hace todo y, esa acción de Dios se hace más visible a los ojos humanos en una concepción virginal, excluyendo toda intervención humana, solo y únicamente por el amor de Dios a los hombres.

Lucas relata la encarnación presentando a María como una muchacha normal, con sus ideas sobre la vida y sus ideales de futuro, una joven prometida cuyos planes se ven de repente trastornados por una sugerencia de Dios. Ella oye y reflexiona sobre lo oído. El ángel la saluda «*llena de gracia*», ella indaga sobre el mensaje y lo acepta. Ella es parte de la Iglesia y redimida, pero desde el primer instante. Lo que a los demás se nos da en el bautismo se le dio a ella en toda plenitud en el primer momento de su existencia. Es el dogma de la Inmaculada Concepción, definido por Pio IX en 1854 tras siglos de discusiones teológicas. Hay una realidad, un signo, un ideal de belleza para cualquier hombre o mujer de toda edad y condición.

El último dogma en el tiempo es la Asunción en cuerpo y alma al cielo, definido en 1950 por Pío XII, María es la primera en poseer lo que constituye nuestro destino y meta final de todas nuestras aspiraciones: “*la glorificación*”. Los cuatro dogmas marianos recaen sobre una personalidad histórica. María es pura criatura, mujer que acepta los planes de Dios sin poner condiciones y los cumple con fidelidad ejemplar: “*Mira a María e imita en todo, sus ejemplos*”.

Al inicio del evangelio ya se nos anuncia que Dios es la mejor de nuestras alegrías: «*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*» (Lucas 1,28). Las palabras del ángel, dirigidas a María, también fueron dichas para cada uno de nosotros. Palabras que nos descubren que la vida cristiana es, sobre todo, una gracia, un don: sin esperarlo, sin merecerlo, Dios se ha acercado a nosotros y se ha puesto a caminar a nuestro lado. La experiencia creyente nos dice, en lo más profundo de nosotros mismos, que somos amados con un amor nuevo y sin límites. Es esta experiencia la que nos llena de confianza y de alegría.

Sin embargo, no siempre hemos querido o sabido acoger esta buena noticia; no siempre hemos creído en las palabras del ángel a María; no siempre hemos experimentado la fe como una alegría profunda. Tampoco hemos sabido comunicar la fe como una experiencia que nos llena de alegría. **¿Cuándo ha sucedido o sucede esto?** Siempre que nos encerramos en nuestras comodidades e intereses, sin abrirnos a la gracia que supone el encuentro con el Otro (Dios) y con los otros (cualquier ser humano); sucede siempre que nos aferramos a falsas imágenes sobre Dios y sobre nosotros mismos, imágenes ajenas e incompatibles con el evangelio de Jesús.

La alegría surge al sabernos en las manos de Dios, al sentirnos amados, acompañados y sostenidos por Él. Surge al vivir reconciliados y en paz con nosotros mismos y con el mundo; al vivir la vida en una confianza fundamental, integrando las tristezas y pesares, que siempre los hay; surge al abrir las puertas y salir hacia el encuentro con los demás, hacia los pobres, hacia los que necesitan de nuestra ayuda y compañía; surge cuando caminamos con Jesús hacia el Reino.

La alegría evangélica es la alegría de las bienaventuranzas, es la alegría de ser sencillos y pobres, pacíficos, solidarios, justos, constructores de humanidad, testigos de Jesús. «*La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás*» (Francisco. “*Evangelii gaudium*”, 10).

Que María, madre de Dios y madre nuestra, la llena de gracia, nos ayude a acoger y vivir la alegría del evangelio de su Hijo. La alegría que ella misma vivió.